

Una primavera machadiana

LOS AIRES de esta primavera tienen aroma de Machado, del gran Antonio Machado. Leía el pasado día 26 de marzo el adelanto de la publicación de una documentada biografía, que sepa la primera que merece el honor de esta denominación, debida al hispanista Ian Gibson, *Ligero de equipaje. La vida de Antonio Machado*, y de la que no puedo dar más datos porque no he podido conseguirla a lo largo de esta semana; anteayer, viernes postrero de marzo, la prensa evocaba los actos del Homenaje que el Instituto Cervantes rendía al que fue su profesor con la proyección de un documental *Antonio Machado, destierro y muerte de un poeta*. En ambas noticias, y las dos sin duda de interés, se reproducía la última foto del autor; la patética radiografía de un hombre que ha olvidado su alma, con la vista ensimismada en una sima interior y las manos entretenidas en recuperar un tiempo que ya no existe. Es la imagen de un silencio abismal lleno de silencios, de una vida que todavía vive sin saberlo, de la amargura infinita de una claudicación definitiva; pocos días después, Antonio Machado Álvarez era una sombra literaria envuelta en una bandera republicana. Hoy es primavera y ahora estamos hablando del poeta de la primavera, porque varias noticias bibliográficas de primer orden nos traen la voz y la palabra de Antonio Machado hasta este inmenso refugio literario donde vive su ancho nombre.

El año pasado, a pesar de la fecha de créditos de la edición, la Institución Fernán González, Academia Burgense de Historia y Bellas Artes, publicaba (¡al fin!) el conjunto de los míticos *Cuadernos* machadianos que poseía legalmente desde mediados de 1977; parte provenientes como legado de Eulalia Cáceres, viuda de Manuel Machado, cedidos poco después de 1947, fecha de la muerte de su marido y, años después, los que pertenecían a Bonifacio Zamora, sacerdote y poeta burgalés, depositario de otra parte de este fondo documental, con quien el matrimonio Machado mantuvo una intensa relación desde los años de la guerra. Dos esbeltos infolios, con la reproducción en portada del busto de Antonio Machado de Emilio Barral, daban cuenta de *El fondo machadiano de Burgos. Los papeles de Antonio Machado* [Burgos: Institución Fernán González, 2004; 4^o marquilla, 1 t. en 2 vols., XLVI+526 pp.+1 h. y XVIII+1 h.+668 pp.+1 h.], y a cuyos editores solicito la gracia de su envío, por mi interés antiguo en esta empresa. La obra ha sido coordinada por Alberto C. Ibáñez Pérez, quien firma un par de textos de introducción, justificación editorial, historia

del fondo y contenido documental (1, pp. XV-XLVI y 2, pp. XI-XVIII), y contiene la digitalización completa de los textos y de las imágenes a cargo de M^a del Pilar Alonso Abad. Si en el cuidado prólogo se cuenta detenidamente la desconocida historia crítica de estos *Papeles*, dando al César lo que es el del César y al Señor lo que es del Señor, y situando los jalones eruditos de su conocimiento efectivo, en las casi 1.200 páginas de facsímiles se puede ver y leer la letra de Antonio Machado a lo largo de su aventura existencial por su formación y, muy especialmente, por los momentos de su creación poética, literaria e intelectual, que engloba un periodo cronológico que va desde 1915 hasta 1936. El volumen primero acoge seis de los "Cuadernos": sus "Apuntes de Filosofía", el original de "Juan de Mañara", "Borradores", "Apuntes, pensamientos, poesías", "Apuntes inéditos de A. M. Mairena", "Canciones y proverbios", "La Tierra de Alvargonzález" y uno postrero denominado "Inédito"; mientras que el segundo reproduce el séptimo "Cuaderno", de "Apuntes" y cuatro conjuntos denominados "Hojas sueltas", formados de nuevo por borradores de poemas, apuntes, originales etc. Por fin, uno de los legados documentales más importante (y legendario) de la literatura española se ponía a disposición de los interesados y, por ello, los responsables de su salvaguardia han podido escribir, convencidos y dichosos, que "una vez que la Institución Fernán González saca a luz, y para todos, los Papeles, parece oportuno anunciar que sobre este tema es llegado el tiempo de que "empiecen los ecos y terminen las voces". Así sea." (p. XIX). Antonio Machado volvía a la luz intensa de su lectura y de su recuerdo siempre presente. Pero había (y hay) más papeles *machadianos*.

La conservación de su legado documental, dejando aparte la famosa "maleta" que llevaba en el camino de su exilio francés, quedó en manos de la familia, y, en particular, de su hermano Manuel. El "Fondo" burgalés ya tiene escrita su historia y cuenta con su edición facsimilar, pero otro conjunto de *Papeles* de Antonio Machado fueron a manos de Francisco Machado, el hermano menor, también por concesión de Eulalia Cáceres, a la muerte de su marido; de este otro archivo documental vieron la luz en años posteriores las ediciones del *Cuaderno de Literatura* (1952) y de *Los Complementarios* (1972). En noviembre de 2003 todos los manuscritos restantes salieron a subasta pública en Sevilla y Unicaja no dejó pasar esta oportunidad cultural.